

LOS HOMBRES Y MUJERES HUECOS: LA PRODUCCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD EN LA MODERNIDAD TARDÍA. [1]

LOLA LÓPEZ MONDÉJAR

Pero enseguida supo que no lograría dormirse y que quedarse sin hacer nada no haría sino empeorarlo todo, reforzar esa creciente sensación de abandono, de extravío. Y sin embargo no se levantó, pensó: Pero si así es como es, si este es el núcleo de mi vida. Lo otro no es más que actividad, acción, huir de ser reconocido.

*Kjell Askildsen.
El precio de la amistad.*

La identidad, tal y como hoy la conocemos, no fue un atributo que estuviera presente en el ser humano, sino que tiene una genealogía, una historia.

La mayoría de los especialistas apuntan hacia un origen de la individualidad, a partir de la cual se empezó a hablar de identidad, y lo colocan en el siglo XVI, el siglo de Cervantes y Shakespeare, de la novela y del autorretrato. **El siglo XVI fue llamado el siglo de la melancolía [2]: el hombre se aleja de Dios, decepcionado por las crueles guerras de religión, se vuelve hacia sí mismo, y no encuentra nada.** En el famoso retrato de Dürero, Melancolía (1514), el pintor introdujo un putto que, según el análisis de Klibansky [3] representa la actividad sin pensamiento propia de la Edad Media (digamos que Macbeth es el prototipo de este soldado actuador, como lo es Lear) frente al

pensamiento sin actividad de la melancolía y la posterior reflexividad modernas. **El siglo XVI es la búsqueda de una moral autónoma que sustituya a la fe** y que desembocará en la Ilustración, y el sapere aude kantiano, atrévete a pensar [4], pero en el siglo XVI el ser humano carece todavía de una construcción subjetiva en la que sostenerse, el mundo interior es incipiente para la mayoría.

Las nociones de una identidad y de una individualidad se amplían con la expansión de la escritura y la aparición de la burguesía. La lectura silenciosa y la escritura se convierten en mecanismos radicales de individualización, con la creación de lo que Harold Blomm atribuyó a los personajes de Shakespeare: la persona interior. Según Walter J. Ong [5].

[1] Giddens, Bauman y Beck prefieren hablar de modernidad tardía como sinónimo de modernidad líquida, y no de posmodernidad. No entraremos aquí en esta diferencia.

[2] Minois, Georges, Histoire du mal de vivre. De la melancolía a la depresión, Editions de La Martinière, París, 2003

[3] Klibansky, R., Panofsky, E., Saxl, F. Saturno y la melancolía, Alianza Forma, Madrid, 2004.

[4] López Mondéjar, Lola, Shakesperare, Cervantes y la melancolía, Paradigma, Universidad de Málaga, [En línea] <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5827565>

[5] Ong, J. Walter, Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra, Fondo de Cultura Económico, México, 2008.

La escritura, era y es la más trascendental de todas las invenciones tecnológicas humanas. No constituye u mero apéndice del habla. Puesto que traslada el habla del mundo oral y auditivo a un nuevo mundo sensorio, el de la vista, transforma el habla y también el pensamiento (pag. 87)

La escritura, añade:

Alentó a los seres humanos a pensar cada vez más en sus propios recursos internos (conscientes e inconscientes) como cosas, impersonales y religiosamente neutras. La impresión ayudó a la mente a sentir que sus posesiones se guardaban en alguna especie de espacio mental inerte (pag. 130).

A partir de ahí la identidad, la invención de un sí mismo con sentido, se convirtió poco a poco en un fetiche que se amplifica en el Romanticismo que, tal y como señala **Isaiah Berlin** [6].

Se hacía cada vez más hincapié en la autenticidad, en la idea de que el ser humano debe seguir valores creados por él mismo o que de alguna manera haya hecho suyos. La autenticidad se convierte así pues en un valor más importante quizá que cualquier otro (pag. 11).

Una autenticidad que pone en el centro la persona singular, la integridad, el empeño en un ideal válido por el que sacrificarlo todo.

De 1876 a 1882, **Frederich Nietzsche desarrolló una primera crítica del concepto de yo en cuanto “identidad interior”** [7], orientándola en **tres direcciones principales: contra el sentimiento de la propia identidad personal; contra la creencia de que el yo constituye lo que es cada hombre** en lo fundamental; y contra la creencia de que cada hombre es un “individuo” – un ser indivisible y singular - por la identidad de su yo.

Pero, y sin entrar en disquisiciones filosóficas que

no vienen al caso, **Nietzsche no fue el primero que afirmó que el yo es una ficción**, la única identidad que tenemos derecho a asignarle al hombre es la identidad corporal, la idea de un yo unitario tiene que ver con una imperfección cognitiva de la conciencia de sí mismo (a la que el yo se presenta como una unidad, sentimiento del yo, sentimiento del sujeto) que tiende a hacerse una imagen simplificada del individuo, incapaz de hacerse una idea más detallada de la multiplicidad interior, la conciencia crea la imagen de la identidad personal. Para Nietzsche esto se debe al impulso del hombre por constituir el mundo de las cosas iguales:

Nos inventamos a nosotros mismos como unidad en este mundo de imágenes creado por nosotros mismos, lo permanente en el cambio. Pero es un error; nosotros ponemos signos y signos como iguales, y estados como estados [8].

Ese error de la conciencia tiene años después su explicación en una particularidad del cerebro, su carácter de buscador de sentido capaz de unir acciones dispares ordenadas a un hemisferio, con argumentos, con ficciones, con invenciones [9]. **Nietzsche tenía razón: el yo es una construcción realizada por impulsos interiores, a partir de los estímulos nerviosos producidos por los procesos internos del organismo, inventado para satisfacer sentimiento de nuestra identidad personal.** Además en esta interpretación de nuestros estados intervienen los otros, y nos ha sido enseñada por los demás. El yo es un producto social.

Antes de él ya **Hume** (1711-1776) había hablado del carácter social del yo, lo mismo que **Goethe** (1749-1832), para quien el ser viviente no es algo singular, sino una pluralidad que se organiza, idea que partía de Lange, para quien el individuo es una comunidad unificada en la que todas las partes cooperan según un plan determinado.

La poesía ha sido especialmente elocuente res-

[6] Berlin, Isaiah, Las raíces del romanticismo, Taurus pensamiento, Barcelona, 2014.

[7] Parmeggiani, Marco, Nietzsche y la disolución del concepto de yo, en la obra publicada y en los fragmentos póstumos de 1876 a 1882, Contrastes, Revista Interdisciplinar de Filosofía, vol. III (1998) pag. 185-210, Universidad de Málaga.

[8] Morgenröthe, en Sämtliche Werke Kritische studienausgabe, Citado por Parmeggiani.

[9] Linden, David, El cerebro accidental. La evolución de la mente y el origen de los sentimientos, Paidós Transiciones, Madrid, 2010.

pecto a esta percepción de la multiplicidad del yo. Walt Whitman escribía: **Soy muchos, contengo multitudes**; Emily Dickinson, insistía en esa idea: **No soy nadie, ¿quién eres tú?**; Miguel Sánchez Robles, afirma contar cosas del huésped que lo habita.

La multiplicidad es una experiencia constante entre los artistas que no se identifican con la unidad sino que, por el contrario, exploran la fragmentación de su sí mismo hasta sentirse más cómodos transitando entre sus distintos aspectos que fijándose a una identidad, como sucede con Clarice Lispector.

Albert Camus [10] lo expresó así:

¿De quién y de qué puedo decir, en efecto: “¡Lo conozco!” Puedo sentir mi corazón y juzgar que existe. Puedo tocar este mundo y juzgar también que existe. Ahí termina toda mi ciencia y lo demás es construcción. Pues si trato de captar ese yo del cual me aseguro, si trato de definirlo y resumirlo, ya no es sino agua que corre entre mis dedos (...) Este mismo corazón mío me resultará siempre indefinible. Entre la certidumbre que tengo de mi existencia y el contenido que trato de dar a esta seguridad hay un foso que nunca será colmado. Seré siempre extraño a mí mismo.

Todos conocemos el famoso, *Yo es otro*, de Rimbaud.

En este orden de cosas, la falta en ser de la especie tiene que ver con su condición de desarraigo, de separación del orden de la naturaleza, lo que hace que la única posibilidad de constitución de la subjetividad humana sea a partir del recurso al Otro, es decir, el lenguaje y la cultura. Una debilidad ontológica que nos hizo más capaces de aprender, y más propensos a la angustia. El estadio del espejo sería un momento mítico en el que el infans, el niño que experimenta de forma fragmentaria su cuerpo, sus emociones, encontrará una unidad imaginaria en la mirada externa de la madre o del semejante, lo que subraya el carácter imaginario y

ficcional de la identidad y de la unidad. Para Lacan, en este momento se inaugura el Yo, mientras que el sujeto, el je, estaría referido precisamente a la alienación que representa esa misma imagen que no termina de representarnos, puesto que el je está alienado de ella. Conscientes de este desajuste entre el inefable je y el imaginario yo, podríamos decir parodiando el slogan que “**mi yo no me representa**”.

La experiencia de la falta es estructural en el ser humano por su inadecuación al lenguaje, que nunca terminará de expresar la experiencia en su totalidad. El registro de lo real, indica para el psicoanalista francés aquello que queda por fuera del significante, la cosa en sí, el *Das ding heideggeriano* inatrapable para el lenguaje que apunta al estatuto de la falta. Steiner designa a este abismo entre el magma de la experiencia y su expresión a través del lenguaje como una de las diez posibles razones para la tristeza del pensamiento.



Como apuntamos, **esta falta de sustancia de lo humano, su vacío identitario, lo hace extremadamente sensible a la cultura, al Otro, puesto que es a través de ese Otro como se construye su identidad.** Castoriadis [11] llamó Imaginario social a una manera de pensar la sociedad no tanto desde la identidad y lo determinable, sino desde la creación indeterminada e incesante de la sociedad, desde una producción inconsciente de significaciones, de sus producciones y sus interpretaciones, sentidos y prácticas.

[10] Camus, Albert, *El mito de Sísifo*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1981, traductor Luis Echávarri.

[11] Castoriadis Cornelius, *La institución imaginaria de la sociedad II*. Tusquets, Barcelona, 1975

Hemos de pensar el imaginario social:

... como un magma, como un magma de magmas, organización de una diversidad no susceptible de ser reunida en un conjunto, ejemplificada por lo social, lo imaginario y lo inconsciente (Castoriadis, 1975, p. 34)

A lo largo de la historia hemos asistido a modificaciones rápidas de este imaginario social.

La experiencia de la Alemania nazi está llena de dramáticos cambios sobre el modo de entender la sociedad, el nosotros y el ellos.

En 1950, Hannah Arendt publicó **Los orígenes del totalitarismo, una obra indispensable para entender el holocausto, el estalinismo y el racismo**. Posteriormente, en 1963, tras asistir como testigo al juicio de Eichman [12], nos dejó un concepto que podemos emparentar con el de nuestros hombres y mujeres huecos: **la banalidad del mal. El abandono de cualquier criterio moral de parte de los verdugos acogiéndose al imperativo de la obediencia**. Lo que vimos confirmado de forma experimental el mismo año en el *Experimento Milgram*. Una y otro apuntan a un vacío a una inconsistencia de lo humano que se cubre con identificaciones miméticas, con adhesiones a las figuras de autoridad.

Más cerca de nuestros días, el mentalista Derren Brown ha dirigido un experimento que Netflix convirtió en documental, *The push* (2018), donde **un equipo de actores** dirigido por él a partir de un estudiado y minucioso guión, **convencen a cuatro voluntarios** previamente seleccionados **de que maten a un hombre**. Como lo oyen. Y lo hacen. Observen bien la elección de esos voluntarios, la presión que ejerce el grupo sobre ellos, **la sumisión a la autoridad, la facilidad de manipulación** cuando no existe enfrente un sujeto que la interroga. Contemplan la profunda oquedad de sus conciencias, su ausencia radical de notocorda, ni siquiera cartilaginosa, cuanto menos vertebrada. La banalidad de mal, Eichman, Hannah Arendt, **¿les suena?**

Nuestras autoridades cierran los ojos ante el dolor del mundo, y la mayoría de nosotros bajamos los párpados con ellos como auténticos hombres y mujeres huecos.

Cuando terminó la **II Guerra Mundial** y los aliados comenzaron con mayor o menos celo a *desnazificar* Alemania, fijaron cuatro grados de implicación en los **crímenes nazis: los incriminados mayores, los incriminados y los incriminados menores, todos ellos sujetos a una investigación judicial**. En cuarto lugar estaban los *Mitläufer*, **los simpatizantes**, término que describía a quienes se dejaron llevar por la corriente, aquellos que solo participaron nominalmente en el nacionalsocialismo, contentándose con pagar las cuotas y acudir a las reuniones obligatorias de partido. Según Géraldine Schwarz [13]:

“El número de Mitläufer superaba con creces los ocho millones de afiliados al partido nacionalsocialista”.

Sobre este amplísimo grupo de personas que no siguieron bandera alguna, que diría Dante, Schwarz advierte una **interesante característica, que fue observada por los dirigentes de la zona soviética**, la Alemania oriental que ocuparon tras la repartición de Alemania entre las potencias vencedoras. Dice la autora:

Los soviéticos dejaron a los Mitläufer en paz, aunque solo fuera porque habían percibido en ellos la posibilidad de reciclarlos como buenos comunistas (pag. 24).

Los soviéticos **comprendieron muy bien el carácter moldeable, invertebrado, de estos hombres y mujeres que no participaron en ningún crimen, pero que tampoco hicieron nada por evitarlos**. Consecuencia de lo anterior, la obediencia a las órdenes era la justificación que más esgrimían estos **seres huecos** para explicar su actuación criminal, lo que nos indica **su fragilidad y su falta de resistencia para perderse en la masa**, lo que les convertía, según afirmaban los testigos de los jui-

[12] Arendt, Hannah, Eichman en Jerusalén, Debolsillo, Barcelona, 2006.

[13] Schwarz, Géraldine, Los amnésicos. Historia de una familia europea, Tusquets, Barcelona, 2019.

cios de Nuremberg y de Jerusalén, en auténticos robots.

Como acertadamente señala Schwartz [14] en una entrevista:

El Mitläufer es quien, por ofuscación, por indiferencia, por apatía, por conformismo o por oportunismo, se convierte en cómplice de prácticas e ideas criminales [...] el origen de los peores crímenes de la humanidad es la indiferencia. Los verdaderos perseguidores, los verdugos, los monstruos en general son pocos. Y siempre nos interesamos por los monstruos, o por los héroes, o por las víctimas. Pero la mayoría de las personas no se identifican con ninguna de estas tres categorías, que solo conciernen a una minoría. Los Mitläufer son una masa de personas que, por su número y de manera más o menos pasiva, pueden consolidar un régimen criminal.

Algo que ya en 1964 tratara David Riesman cuando publica *La muchedumbre solitaria* [15], donde analiza distintos tipos del carácter social, concepto que no ha de confundirse con la personalidad, ni con el carácter, sino que se refiere a aquella parte del “carácter” que comparten los grupos sociales significativos y que, tal como casi todos los científicos sociales contemporáneos lo definen, constituye el producto de la experiencia de estos grupos.

Riesman intenta entender a qué se debe que cada sociedad parezca tener en mayor o menor grado el carácter que “necesita”, y responde, junto a otros estudiosos, que desde la infancia, y a fin de que la sociedad funcione bien, sus miembros deben adquirir una clase de carácter que les haga experimentar el deseo de actuar en la forma que deben hacerlo para garantizar la pervivencia de la sociedad.

La fuerza externa, la presión externa, es reemplazada por la compulsión interna, asegurándose cierto modo de conformidad indispensable para la supervivencia del grupo. Sería lo que Foucault

llamó *biopoder* en 1976. Ya entonces, Riesman, señaló con acierto que estábamos asistiendo a una revolución:

El paso de la era de la producción a la era del consumo.

Su concepto de individuos dirigidos por otros es fundamental a los efectos que nos ocupan. Se trata de cómo las sociedades con tendencia al incremento de la natalidad, desarrollan en sus miembros típicos un carácter social cuya conformidad está asegurada por su tendencia a ser sensibles a las expectativas y preferencias de los otros, frente a los individuos internamente dirigidos cuyo giroscopio psicológico les permite mantener el rumbo en equilibrio entre la exigencias de su meta en la vida y los embates del ambiente externo, cuyas señales percibe siempre que pueda reconciliarlas con la limitada posibilidad de maniobra que su giroscopio le permite. Estas personas dirigidas por la tradición, incorporada, no piensan prácticamente en sí mismas como un individuo, y cree que su destino y el de sus hijos es el del grupo familiar.

Lo que es común a todos los individuos dirigidos por los otros es que sus contemporáneos constituyen la fuente de dirección para el individuo, sea los que conoce o aquellos con quienes tiene una relación indirecta, a través de amigos y de los medios masivos de comunicación... las metas cambian, lo único que permanece inalterable durante toda la vida es el proceso de tender hacia ellas y el de prestar profunda atención a las señales procedentes de los otros (Riesman, pag. 32)

Por encima de la tradición, los individuos dirigidos por los otros se mueven por una necesidad de aprobación de sus contemporáneos. Toma como ejemplo a Oblonsky, el simpático personaje de Anna Karenina, que no llevaba los sombreros que

[14] https://elpais.com/elpais/2019/08/30/ideas/1567159752_275499.html Géraldine Schwarz: “La indiferencia está en el origen de los peores crímenes contra la humanidad”.

[15] Riesman, David, *La muchedumbre solitaria*. Un estudio sobre la transformación del carácter americano, Paidós, Buenos Aires, 1964.

le gustaban sino los que estaban de moda.

Mientras que en el primer tipo, guiado desde dentro, el sentimiento de vergüenza y culpa es predominante, en el guiado por los otros aparece la angustia, la ansiedad difusa, como estamos viendo ahora que sucede en nuestras sociedades.

La vergüenza y la culpa tienen que ver con que poseen un aparato psíquico formado por un superyó fuerte, y un Ideal del Yo que les sirve de guía.

Por su parte.

La ansiedad difusa y la angustia nos hablan de un aparato psíquico modificado, donde el superyó está muy diluido y el Ideal se encuentra casi ausente.

En 1977, *Raymond Williams* [16] utilizó el término **estructura de sentimiento para referirse a experiencias sociales aún en tramitación**, es decir, en estado incipiente, y no precipitadas y evidentes; experiencias emergentes que no pueden corresponderse a los modos de pensamiento o de representación preexistentes hegemónicos.

El arte y la literatura son las primeras en indicar que una estructura de sentimiento está tomando forma.

De ahí que a lo largo de la historia se haya modificado el modo de producción de la subjetividad, pues **cada sistema de producción produce no**

solo sus objetos, sino también sus sujetos, tal y como nos advertía Marx. **La falta estructural del ser humano posibilita esta maleabilidad, esta plasticidad e indeterminación que lo hace enormemente manipulable.**

Los hombres y mujeres modernos, esto es, desde la Ilustración, donde el sentimiento de la individualidad se democratizó, hasta el último tercio del siglo XX, mantenían una ilusión de identidad sólida, afirmándose en los valores gremiales y religiosos.

El psicoanálisis surge en este contexto de identidades sólidas, donde el yo sirve de árbitro regulador entre la pulsión y los imperativos sociales, y donde la familia y la profesión se erigen como ejes de la identidad. Para las mujeres las cosas no eran iguales, sino que la suya era más una identidad relacional, como la llama Almudena Hernando [17], basada en el cuidado de los otros.

La experiencia de la falta, de **la insatisfacción daba lugar a las neurosis clásicas y la represión de los deseos era el mecanismo de defensa prioritario**, el aparato psíquico se explicaba muy bien por las instancias freudianas: ello/yo y superyó. A esta clínica clásica se le llamó Clínica de la falta. Del sujeto moderno tenemos ricos testimonios filosóficos desde *Kierkegaard*, y su concepto de angustia como vértigo de la libertad, hasta el existencialismo heideggeriano y sartreano.

El ser humano ha de aceptar la angustia, su insustancialidad, su infelicidad e insatisfacción para vivir una vida humana.

El psicoanálisis no promete el lleno sino la aceptación de la falta.

Sin embargo, el *capitalismo financiarizado neoliberal* ha sido y es una máquina de producción de individuos modificados, que para sobrevivir a las exigencias de la producción neocapitalista, han de

[16] Un breve resumen de las principales tesis de Raymond Williams puede encontrarse en línea: Introducción a Raymond Williams. Complejidad, inmanencia y la larga revolución en Raymond Williams: Daniel Hartley. <https://marxismocritico.com/2016/01/08/introduccion-a-raymond-williams/>

[17] Hernando, Almudena, *La fantasía de individualidad*, Katz editores, Buenos Aires, 2012.

[18] Bleichmar, Silvia, *Entre la producción de subjetividad y la constitución del psiquismo*, <http://www.silvialechar.com/articulos/articulos8.htm>

adaptarse a ella. **Silvia Bleichmar [18] diferencia entre producción subjetiva**, aquella que tiene que ver con la constitución social del sujeto, en términos de producción y reproducción de ideología y de articulación con variables que lo inscriben en un tiempo y espacio particulares, **y constitución del psiquismo** dada por variables más permanentes que trascienden ciertos modelos sociales e históricos.

Podríamos decir siguiendo a Bleichmar que nos encontramos con un “**malestar sobrante**” [19] que va más allá de las renunciaciones pulsionales que posibilitan la convivencia, llegando a la resignación de aspectos sustanciales del psiquismo; **malestar producido por el hecho de que la sociedad actual deja a cada sujeto despojado de un proyecto trascendente que posibilite la esperanza en que algún día ese malestar cesará** y, por el contrario, nos avoca a **la certeza de que la sociedad futura será peor que la que estamos perdiendo**, lo que hace que nos invada la **desesperanza**, que toma la forma, ya **no de depresión**, sino de **apatía** y **desinterés**, características que **Mark Fisher [20]** denominó **hedonia depresiva**, como una **incapacidad para hacer cualquier cosa que no sea buscar placer, a lo que sumó la impotencia reflexiva, como imposibilidad de pensar y de comprometerse con un proyecto propio**,

... cayendo en la laxitud hedónica (o anhedónica); la neurosis suave, la dieta probada del olvido: Playstation, TV y marihuana (pag. 24).

Un **malestar difuso** que nos *melancoliza* como viejos, afirmaba Silvia Bleichmar, **derivado de**

[19] <https://razonyrevolucion.org/la-poblacion-sobrante-es-el-sector-que-mas-crece-en-el-mundo-entrevista-susanne-soederberg-profesora-de-la-universidad-de-queen-canada/#:~:text=Sin%20embargo%2C%20vos%20lo%20articul%C3%A1s,una%20de%20las%20m%C3%A1ximas%20formas> El término malestar sobrante lo toma Silvia Bleichmar del marxista, población sobrante, que para la profesora Susanne Soederberg sería:

“Siguiendo a Marx, considero a la población sobrante como un grupo homogéneo y estable de trabajadores, cuya definición y status está influenciado por las dinámicas más amplias de la acumulación de capital. Sin embargo, también entiendo a la población sobrante como representación de una categoría social de la sociedad capitalista que engloba identidades heterogéneas, como las étnicas, de género y raciales. Una de las identidades que estos trabajadores han asumido, en gran parte debido a las estructuras sociales de dominación, es la de “ciudadanos consumidores”, que en muchos sentidos ha erosionado una solidaridad colectiva, la solidaridad política”.

[20] Fisher, Mark, “Realismo capitalista” y nuevas subjetividades, Nueva Sociedad n° 265, septiembre-octubre de 2016, ISSN: 0251-3552, www.nuso.org. El realismo capitalista es una atmósfera dominante que condiciona la producción de cultura, el control del trabajo y la educación, como barrera invisible que constriñe el pensamiento y la acción.

[21] El País, Entrevista a Zygmund Bauman, Seisdedos. https://elpais.com/cultura/2012/08/19/actualidad/1345406113_154130.html

la sensación de no tener un lugar en el que insertarnos, dado que la población sobrante, pauperizada, es la que más crece en la actualidad en el mundo. A mediados del siglo XIX Carlos Marx denominaba “**ejército industrial de reserva**” a esa parte de la población desocupada, como algo inherente al sistema capitalista. Hoy hay un ingente número de población sobrante, redundante, en palabras de **Bauman [21]**, quien afirmaba en una entrevista de 2012:

...Es la primera vez en que la generación más joven tienen las mejores expectativas (buena educación, idiomas) y ningún futuro. La juventud está cerca de acabar en la cuneta, corre el riesgo de ser redundante.



Una *neo-melancolía*, como llama **Recalcati** a esta anhedonia, a esta **caída del deseo**, a este deseo de seguridad que establece como un nuevo objeto pulsional que **puede llevarnos a un deseo de fascismo**, de una pulsión securitaria, que **hace que no nos importe ceder nuestros derechos, nuestra privacidad, el control de nuestras vidas, si a cambio recibimos seguridad**. El ascenso de los partidos autoritarios, fascistas, se apoya en esta población que soporta niveles de incertidumbre muy altos, elige un chivo expiatorio propuesto por sus líderes, el *stabliment*, la política que se hace hasta ahora, como culpable, y **se afilia a ideologías que se impulsan en sus miedos y sus esperanzas**.

La melancolía contemporánea o neo-melancolía, a diferencia de la melancolía clásica, insiste, no es moral ni en ella es central la problemática de la culpa. Es una neo-melancolía que se caracteriza por la mortificación de la vida, por la imposibilidad del sujeto de acceder al deseo. Se trata de un vivir sin deseo, de desear no tener ningún deseo. Se desea reducir la vida a la mínima pulsación de la vida pero es un imposible que sólo se puede alcanzar con la muerte, en una suerte de suicidio en diferido. Es un ejemplo de la narcotización del principio de placer. El punto central de este cuadro es la experiencia del cuerpo como peso y no como lugar erótico de vida. De ahí que vivir consista en arrastrar ese peso, en arrastrar el peso de la vida. Al rechazarse la vida se rechaza al otro. Se desintegra el lazo con el otro [22].

En este modo de producción *postfordista* el sujeto desaparece como sujeto dividido, la represión se diluye a favor de la disociación, que se instala como mecanismo de defensa central, y el individuo se construye en base a los requerimientos del mercado: deslocalizado, sin afectos, narcisista, consumidor (fetichismo de la identidad, Zygmund Bauman). De manera que **la falta es negada y allí donde estaba la experiencia estructural de**

la angustia ante la falta que no se puede colmar, aparece la propuesta del mercado de un **vacío coyuntural susceptible de ser llenado por objetos**. Objetos que ofrecerá ese mismo mercado sin cesar. Por supuesto, **ninguno de ellos puede colmar la falta, pero funcionan como si pudiesen colmar el vacío**: anorexia, bulimia, toxicomanías, compras compulsivas, juego y adicciones varias, funcionan como fetiches, en el sentido psicoanalítico: cubren la percepción de la castración.

Puesto que apenas hay represión, como señala **Recalcati [23]**: los nuevos síntomas parecen definirse no tanto a partir del carácter metafórico, enigmático y cifrado que adquiere el retorno de lo reprimido como agente de la división del sujeto, cuanto más bien a partir de una problemática que afecta directamente a la constitución narcisista del sujeto – en el sentido de que indica un defecto fundamental del mismo - y de unas prácticas de goce (como es evidente si se piensa en la bulimia y la toxicomanía) que parecen **excluir la existencia misma del inconsciente**, en el sentido de que ese goce no se inserta en el intercambio con el Otro sexo, sino que se configura como un goce asexual, autárquico, fácil de conseguir en el mercado social y vinculado a una práctica pulsional determinada. Traemos aquí **un ejemplo de mujeres huecas**: el vídeo viral de dos **jóvenes auxiliares** de enfermería **maltratando a una anciana [24]**. Así la insultaban mientras le daban la comida: “**Abre la puta boca ya, vieja cascarrabias**”: dos auxiliares **graban el trato vejatorio** que dan a una anciana.

¿Qué nos muestra este vídeo?

La fantasía de invulnerabilidad [25] que sienten **ambas jóvenes, que no contemplan las posibles represalias, a pesar de que lo suben a Instagram**, puesto que una de las auxiliares es Iona Amo, una conocida Instagramer que ha tenido que cerrar su cuenta.

[22] <https://www.escuelapsicoanalitica.com/melancolia-y-neo-melancolia-en-la-clinica-psicoanalitica/> Melancolía y neo-melancolía en la clínica.

[23] Recalcati, Massimo, Clínica del vacío, Editorial Síntesis, Madrid, 2003.

[24] https://www.vozpopuli.com/espana/video-residencia-terrassa-maltrato_0_1385861484.html Vídeo.

[25] Ejemplos de fantasía de invulnerabilidad en el ámbito público bien podrían ser Donald Trump y Bolsonaro. Su comportamiento durante la pandemia del coronavirus, y su posterior contagio de la enfermedad ha sido un ejemplo de su omnipotencia y de su vulnerabilidad negada.

La **ausencia de un ideal de comportamiento con la anciana**. Son becarias, será su trabajo futuro y, sin embargo, **no parecen tener ningún tipo de ética profesional, de ideales. La ausencia de culpa y de vergüenza al separarnos del ideal**, puesto que este no está para guiar la conducta, tampoco existen.

La **vergüenza surge del temor a que los otros sepan algo que el individuo se reprocha**, y aquí, en ningún caso hay un sentimiento de reproche por el que sientan que puedan ser avergonzados. **Aristóteles**, en su *Retórica* [26], afirma que la vergüenza es:

Cierto pesar o turbación relativos a aquellos vicios presentes, pasados o futuros, cuya presencia acarrea una pérdida de reputación (1383B 13).

Descartes [27] afirmaba que:

La vergüenza, al contrario, es una especie de tristeza en el amor de sí mismo y que procede de la opinión o del temor a ser vituperado, es además de eso, una especie de modestia o humildad y desconfianza de sí mismo; pues cuando se considera tan fuerte que no se puede imaginar ser despreciado por nadie, no es posible fácilmente ser vergonzoso (pag 108).

Pero para temer por la reputación es necesario tener una idea de sí mismo dentro de la comunidad, **tener incorporados a unos otros cuyo reconocimiento sea considerado importante para nuestro amor propio**. Los otros que tienen incorporadas estas chicas son idénticos a ellas mismas, su comunidad de iguales, que supuestamente no censuraría su conducta. Si bien no fue finalmente así, pues fueron muy censuradas en las redes.

Los ejemplos se multiplican. **Los hombres de La Manada** se grabaron a sí mismos mientras **violaban a una joven**. Y lo que es peor, ese video, que nunca se distribuyó, fue el más buscado en las redes

durante las primeras semanas en que se difundió la noticia. Dominique Strauss-Kahn, ex-**ministro francés y gerente del Fondo Monetario Internacional**, **no dudó en acosar a una camarera** en el hotel donde se alojaba en Nueva York, sin pensar en absoluto en la resistencia posible de la mujer, ni en las consecuencias de sus actos.

Los vídeos que recogen actos delictivos como pegar a un mendigo o acosar se han repetido durante los últimos años.

Como señala Luis Hornstein [28], el **narcisismo no es un estado de amor a sí mismo, de autoestima alta, sino todo lo contrario, un estado en el que no se han constituido ciertas funciones yoicas o se han perdido por exceso de sufrimiento, una carencia de amor propio**. El narcisismo patológico hace que **quienes lo sufren traten de huir desesperadamente de ese déficit de reconocimiento interior buscando admiración externa**. Las fallas narcisistas suelen originarse en la indiferencia parental, en la soberbia o el maltrato.

Pero el narcisismo se resquebraja cuando la sociedad maltrata al sujeto (desempleo, marginación, ausencia de reconocimiento) tanto como por la ausencia de ideales.

Podríamos decir que **la sociedad actual es sistémicamente traumatizante**, y que produce individuos con un narcisismo patológico, que buscan el reconocimiento exterior.

[26] Aristóteles, *Retórica*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1999.

[27] Descartes, René, *Las pasiones del alma*, EDAF, Madrid, 2005.

[28] Hornstein, Luis, *Narcisismo patológico y trófico*, [En línea] <https://es.scribd.com/document/354685774/Narcisismo-Patologico-y-Trofico-HORNSTEIN-LUIS>

Los hombres y mujeres huecos.

Este sintagma nominal lo he tomado prestado de un famoso poema de Eliot del mismo nombre, donde en 1925 escribió:

*Somos los hombres huecos
Los hombres rellenos de aserrín*

.....
*Contornos sin forma, sombras sin color,
Paralizada fuerza, además inmóvil;*

Eliot lo tomó prestado a su vez de Dante, quien, en el Canto III de su Divina Comedia, escrita entre 1304 y 1321, describió a un grupo de personas que, en el vestíbulo del Infierno, estaban allí porque eran rechazados por el cielo y el infierno:

*Gente que no sirvió, dubitativa,
Ni a Dios ni al diablo en propio menoscabo.
Torpe gente que nunca estuvo viva [29].*

Esa turba **nunca alcanzará el cielo**. Son los ignorantes, los indolentes que **no tomaron nunca partido**, ni a favor de Dios ni del Diablo, **los indiferentes, los hombres huecos**. Gente que nunca estuvo viva, **condenada a correr detrás de una bandera blanca, agujoneados por insectos y avispas**, quienes no sintieron el agujón propio de ningún estímulo personal, ni abanderaron causa alguna.

Eliot escribió este poema en 1925 con el siguiente epígrafe: *Mistah Kurtz - he dead, es decir, "El señor Kurtz - muerto"*, que está tomado de *El corazón de las tinieblas* [30], la obra de **Joseph Conrad** escrita en 1899. Frank Coppola llevó al cine una adap-

tación libre de la novela de Conrad, *Apocalypse Now* (1979) donde Marlon Brando pone voz y rostro a Kurtz. **Kurtz es descrito en la novela como un hombre con el corazón hueco, movido por la ambición, capaz de abandonarse a ella sin restricciones moral alguna**. Kurtz está inspirado en Leopoldo II, el rey de los belgas, otro hombre hueco que hizo del Congo su empresa particular y que asesinó vicariamente a tres millones de nativos, mutilándoles, humillándoles, cuando no rendían en la extracción del caucho, o del marfil. La destrucción de sus estatuas en Bélgica es un acto de revisión histórica necesario.

Ya en 1913, el médico humanista argentino José Ingenieros publicó un libro titulado *El hombre mediocre* [31], donde frente al hombre superior - creativo y artista, con pensamiento crítico - contraponía este tipo de individuo que caracterizaba básicamente por su carácter imitativo:

No tiene voz sino eco (pag. 31)

El hombre mediocre [...] es por esencia imitativo y está perfectamente adaptado para vivir en rebaño, reflejando las rutinas, prejuicios y dogmatismos reconocidamente útiles para la domesticidad [...] Su característica es imitar a cuantos le rodean: pensar con cabeza ajena y ser incapaz de formarse ideales propios.

Características muy parecidas a las que describió Riesman en los hombres guiados desde el exterior. La diferencia entre esos años y nuestra modernidad líquida es que hoy **la mediocridad, como señala Jorge de los Santos, se está convirtiendo en el orden social hegemónico**. Al sistema le interesa la **producción de sujetos mediocres, sin creatividad, que expanden su conformismo como un modo de fabricar consenso**.

Vemos pues que el vacío es una característica de

[29] Esta gente que nunca estuvo viva tiene resonancias con la leyenda del chullachaqui, que es para los nativos peruanos un cuerpo vacío, hueco, que no tiene recuerdos y vaga por el mundo como un fantasma vacío según nos cuenta en su película, El abrazo de la serpiente (2015), Ciro Guerra. Pero en otros textos consultados, la leyenda no recoge estas características del chullachaqui, sino que se trataría de un duende protector del bosque con atributos positivos y negativos, protectores y letales, según las versiones.

[30] Borges, Jorge Luis, Cuentos Memorables, Alfaguara, Madrid, 2011. El corazón de las tinieblas, Joseph Conrad.

[31] Ingenieros, José, El hombre mediocre, elaleph.com, 2000, [En línea]

condición humana, entonces, ¿qué es lo que ha cambiado? Por qué hablar específicamente de hombres y mujeres huecos en la modernidad tardía?

En su nuevo libro, *Mediocracia* [32], el filósofo y profesor de ciencias políticas en la Universidad de Montreal, **Alain Deneault** (Quebec, 1970), se hunde en las raíces de nuestro sistema social para **descubrir por qué las mediocridades están sobre-representadas en el personal de las empresas neoliberales y en los pasillos del poder contemporáneo**, es decir, por qué vivimos en una mediocracia: el sistema lo ha convertido en su rasgo distintivo.

Hoy en día nos encontramos en un sistema que nos obliga a ser un ciudadano resueltamente promedio, ni totalmente incompetente hasta el punto de no poder funcionar, ni competente hasta el punto de tener una fuerte conciencia crítica.

Aquellos que se distinguen por una cierta visión de altura, una cultura sólida o la capacidad de cambiar las cosas quedan al margen [33].

Para tener éxito hoy, es importante no romper el rango, sino ajustarse a un orden establecido, someterse a formatos e ideologías que deberían cuestionarse. La mediocracia alienta a vivir y trabajar como sonámbulos, y a considerar como inevitables las especificaciones, incluso absurdas, a las que uno se ve obligado.

En 1983 **Gilles Lipovetsky** [34] publica su libro *La era del vacío*. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo, donde nos advierte de que:

Hay una mutación sociológica global, que gira en torno a un gran organizador: el consumo, que absorbe a los individuos en la carrera por el nivel de vida...

En el 1991, **Bret Easton Ellis** publicó su famosa

novela *American Psycho* [35], donde da vida a Bateman, un yuppie cuya identidad está basada en el hiperconsumo, la apariencia de riqueza (la novela es un elenco de las marcas que rodean al protagonista, define el punto álgido del imperio americano, según su propio autor. ***El protagonista es un psicópata disociado, que vive su vida de yuppie exitoso y por la noche asesina cruelmente a mendigos, prostitutas o colegas.*** Aunque al final el autor deja en un terreno incierto si todo es soñado o no, la intuición de Easton Ellis sobre lo que sería posteriormente la individualidad posmoderna, lo que ya estaba siendo, debemos considerarla genial.

La socialización en los valores contemporáneos, basada en la sobreexposición a las pantallas planas y la incitación al consumo, a la imagen, produce individuos sin subjetividad, hombres y mujeres huecos como Bateman, maleables, apolíticos.

La psicopatía se ha convertido hoy en el carácter más adaptado a los requisitos del mercado, y como correlato la indiferencia ante el dolor ajeno y ante la política.



Según cita **Géraldine Schwarz** [36], el lema que presidía el escritorio de uno de los acusados por los asesinatos perpetrados por los nazis en el campo de Auschwitz, Hans Stark, único que mostró arrepentimiento en el proceso que lo juzgó en diciembre de 1963, era el siguiente:

[32] Deneault, Alain, *Mediocracia*, Turner, 2019.

[33] <https://elcultural.com/alain-deneault-la-mediocracia-es-la-antesala-de-una-revolucion>

[34] Lipovetsky, Gilles, *La era del vacío*. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo, Anagrama, Barcelona 1983.

[35] Easton Ellis, Bret, *American Psycho*, Debolsillo, Madrid, 2001.

[36] Op. Cit, pag. 141.

*La empatía es una debilidad.
El psicópata actual no posee esa
cualidad empática, pues parece que la
imposición que se hacía al joven nazi en
los años cuarenta de eludir la empatía se
ha universalizado años después,
convirtiéndose en un rasgo de carácter
que exhibe la gran mayoría.*

Un consumo que para Bauman producirá el fetichismo de la identidad, allí donde los individuos creen tener una identidad distinta, singular, tienen la misma identidad de consumidores que los demás, expuestos como todos estamos a las mismas ofertas del mercado.

Hablamos de hombres y mujeres huecos porque el incremento exponencial de la incertidumbre ha coincidido con la caída de los sostenes identitarios de la modernidad que calmaban nuestro desamparo: las narrativas míticas, religiosas e ideológicas, y su recurso a la invención de otro omnipotente y no castrado que nos protegiera de nuestra fragilidad ontológica. Jean-François Lyotard [37] ya señaló la caída de los grandes relatos en 1979, cuando caracterizó así la condición posmoderna.

Pero el universo está frío y las esferas que nos protegían han saltado en pedazos, y nuestros miedos ya no surgen frente a un enemigo identificable, sino frente a una amenaza acéfala, por lo que la angustia sustituye al miedo como sentimiento básico ante nuestro desamparo. La desconfianza en la autoridad, representada para los lacanianos por La ley del Padre, produce un descreimiento del Otro, y una equiparación de las opiniones que da lugar a la posverdad: es decir, la autoridad la tiene cualquiera, o mejor, ya puestos, uno mismo. Una muestra de la omnipotencia de pensamiento que afecta a este tipo de individualidad invulnerable.

La precarización del trabajo, la deslocalización, exigen individuos adaptados a la movilidad y la

velocidad, sin lazos con los otros y sin asideros firmes a los que agarrarse, la incertidumbre crece y los mecanismos que le hacen frente se hacen más regresivos, más primitivos para sobrevivir; mecanismos como la negación (podemos observarlo en los negacionistas durante la pandemia de la Covid-19; donde tenemos también un ejemplo de la ausencia de autoridad, en este caso la científica), y la disociación.

La incertidumbre es la causa principal de la inseguridad y del malestar psíquico contemporáneo, un malestar del que hay que huir a toda costa mediante la velocidad.

El nuevo régimen climático, en palabras de Bruno Latour, es decir, la impredecibilidad de los cambios globales que la crisis climática está produciendo, incrementa la desesperanza y la amenaza del futuro, y nuestro sentimiento de impotencia ante él, acentuando el mecanismo de negación y de disociación.

Freud describió en *El malestar en la cultura*, tres tipos de miedos universales, los proporcionados por las fuerzas de la naturaleza, los derivados de los vínculos sociales, y los que tienen su origen en la experiencia de fragilidad corporal (la enfermedad y la muerte).

Pero nuestra posmodernidad líquida ha separado al ser humano de la naturaleza, que ha maltratado y ahora constituye una amenaza para nuestra supervivencia; ha reducido nuestra experiencia del cuerpo (asistimos con estupor al incremento de jóvenes que prefieren el sexo con máquinas o imágenes –esto es, autoerótico– al contacto con otro cuerpo), ahora nos creemos inmortales, *cyborgs*; y ha expulsado a los otros de nuestra esfera íntima, convirtiéndoles en objetos virtuales, como nuestros propios cuerpos.

Es decir,

*Hemos negado omnipotentemente
las fuentes de nuestros miedos.*

[37] Lyotard, Jean-François, La condición posmoderna: Informe sobre el saber, Cátedra, Valencia, 2006.

Hablamos de hombres y mujeres huecos porque **estamos asistiendo desde finales del siglo pasado a una auténtica mutación antropológica** que vacía de contenido la subjetividad para externalizar la identidad hacia un modo imaginario de narcisismo, en el sentido de la extimidad de la que hablaba **Paula Sibilía**, cuyo modelo sería el *selfie* [38], epítome del narcisismo imaginario, del amor a sí mismo desplazado a la superficie, a la imagen.

La propia socialización estimula el abandono del ámbito privado y el pasaje precoz al ámbito social, a la acción y al tener por encima del ser. Como afirman José Ramón Ubieto y Marino Pérez Álvarez la infancia está hiperconectada, hiperactiva e hipersexualizada.

En este sentido, la extensión nunca antes experimentada del uso del **tatuaje**, esa **marca epidérmica que pretende singularizar a quien la porta**, es síntoma del esfuerzo por construir una identidad.

Según las estimaciones de la Academia Española de Dermatología, uno de cada tres españoles de entre 18 y 35 años, la generación millennial, tiene al menos un tatuaje. No es un caso aislado: en los Estados Unidos, casi un tercio de los habitantes tiene su piel tatuada de un modo u otro, según el Pew Research Center [39].

La marca en la piel señala aquello que se pretende inscribir, algo significativo que identifica a su portador, y que este no quiere olvidar. Se marca la piel para **inmortalizar un recuerdo** como si en el mundo interno no hubiese un lugar para la marca psíquica, pues a la velocidad en la que se vive, la experiencia no tiene tiempo de inscribirse en el psiquismo, en la memoria, en el relato simbólico que pretende ser sustituido por el tatuaje. La his-

toria se muestra en dibujos ante la imposibilidad de mostrarla en palabras, o ante el temor de que los ítems que jalonan y vertebran nuestra biografía sean olvidados [40]. La imposibilidad de elaborar una identidad narrativa, esto es, la capacidad de elaborar un relato sobre nuestras vidas, como la define **Ricoeur**, es sustituida por la sucesión de dibujos inscritos en la piel: por imágenes que se exponen con mayor o menor privacidad.

En este sentido, el paralelismo con el *selfie* y la proliferación de imágenes en Instagram es evidente. La identidad digital, el perfil de usuario, sustituyen la construcción de una subjetividad íntima.

Para **Gustavo Gómez Mejía [41]** el perfil de usuario que es la portada de nuestra identidad digital es una construcción del sí mismo en base a cómo queremos ser vistos, **qué es adecuado mostrar y qué no**, y ajusto, además, mi identidad al orden que me proponen las aplicaciones. Contamos nuestra vida en modo noticias, nos convertimos en productos que difundimos productos.

En el año 2006, la revista norteamericana *Time* eligió personaje del año a *You*, a cada uno de nosotros, por nuestro papel en la información virtual. Tanto **Youtube**, **Myspace** o **Facebook**, que adelantó a la anterior, llevan en su mismo nombre la referencia a ese yo, ese rostro, esa propiedad, que está en la base del individualismo contemporáneo. **Espacios virtuales que sirven para tapar la realidad de que los jóvenes no tienen lugar en el mundo.**

La portada de la revista traía una pantalla de ordenador que reflejaba la imagen de quien la sostenía, a modo de espejo. Pero, **¿quién está detrás de ese espejo?**, se pregunta Gómez Mejía en su libro:

[38] “En contraste con el “decoro” y el “pudor a la exposición” —valores propios de los siglos XIX y XX—, hoy “el mostrarse pierde buena parte de su carga peyorativa y gana cierta legitimidad moral”, propuso la especialista. “Esta situación se hace evidente con el éxito de las selfies, que no cuentan tanto por el momento de su producción sino por el de su circulación. La selfie se construye para ser mostrada”. <http://noticias.unsam.edu.ar/2017/08/07/paula-sibilía-las-redes-sociales-son-el-emblema-de-la-transformación-de-la-intimidad-en-extimidad/>

[39] Personas con tatuajes: tres rasgos de personalidad que las definen. <https://psicologiyamente.com/personalidad/personas-con-tatuajes-personalidad>

[40] En el reciente documental de Benjamin Ree, *La pintora y el ladrón*, Noruega (2020) se narra la amistad que surge entre Karl-Bertil Nordland, un drogadicto con graves traumas infantiles y la pintora Barbora Kysilkova, la pintora a la que le roba un cuadro. Respondiendo a la curiosidad de Barbora, Bertel le relata el significado de sus tatuajes, llenos de simbolismo personal.

[41] Gómez Mejía, Gustavo, *Les fabriques de soi? Identité e industrie sur le web*, MKF editions, París, 2016.

cuatro años más tarde, en el 2010, la portada la ocupaba **Mark Zuckerberg**.

Para David Le Breton [42], que ha estudiado el fenómeno, el tatuaje es un relato de sí mismo a través de la piel, una redefinición del yo que aumentan la autoestima de quien lo lleva, dotándolo de una inyección de sentido.

El vaciamiento de los sistemas de sentido trae consigo una mayor centralidad del yo. El repliegue sobre el cuerpo, sobre la apariencia y los afectos, es una manera de reducir la incertidumbre mediante la búsqueda de unos límites simbólicos que sean lo más cercanos a uno mismo. Es como si solo se pudiera creer y confiar en el cuerpo. La interioridad del sujeto es un esfuerzo constante de exterioridad. Hay que verse desde fuera para ser uno mismo.

En una sociedad de las apariencias, de la imagen, del espectáculo, hay que convertirse en imagen para tener la sensación de existir plenamente en la mirada de los demás. En el anonimato democrático de nuestras sociedades, las modificaciones corporales proclaman una singularidad individual, permiten creerse único y relevante (pag. 48).



Sin embargo, **algunos investigadores del fenómeno nos advierten de que un grupo de personas se tatúan cualquier cosa, dejando que sea el tatuador quien elija el motivo, el dibujo, en un**

[42] Le Breton, David, *El tatuaje*, Casimiro, Madrid, 2013.

[43] Berardi (Bifo), Franco, *Generación post alpha*, Traficantes de sueños, Madrid, 2009.

[44] <https://www.bbc.com/mundo/noticias-44504603> Por qué el coeficiente intelectual está decayendo desde 1975.

[45] Benjamin, Walter, *Obras*. Libro II, Abada, Madrid, 2009.

ejemplo extremo de **falta de individualización**, o como hemos dicho del conde Oblonsky, **por estar a la moda**.

Esta identidad imaginaria tiene que ver con el paso de la escritura y la lectura a la pantalla. **Francesco Berardi**, en su libro *La generación post alpha* [43] nos habla de los **efectos cognitivos en la generación que ha aprendido más palabras de una máquina que de la madre o figura de apego**, que llama post-alfabéticas, videoelectrónicas o celular conectivas.

Se trata de una *desafectación* del lenguaje que afecta a la discriminación entre lo verdadero y lo falso, a la relación entre significante y significado que se basaba en la confianza en el progenitor durante el aprendizaje de la lengua, y que afectará a la posterior falta de discriminación entre la verdad y la falsedad, así como en una dificultad para acceder al pensamiento crítico, que discrimina lo verdadero de lo falso. Así pues, sin escritura no habría pensamiento crítico.

Además, la velocidad y aceleración en la infoesfera hace que estas no marquen el cuerpo y constituyan una experiencia.

Hay ya **estudios que afirman que la inteligencia está disminuyendo desde 1975 hasta hoy** [44], si bien algunos especialistas objetan que se trata del *IQ que miden los test de inteligencia, basado en el vocabulario, la memoria y un tipo de razonamientos aritméticos que hoy están siendo sustituidos por el empleo de los recursos de las redes sociales*. De cualquier modo, se atribuye siempre a factores culturales como la **disminución de la lectura, la exposición a las pantallas, y la cultura de la imagen**.

Ya en su famoso artículo *El narrador* (1936), **Walter Benjamin** había advertido cómo en la modernidad se había **degradado la facultad de comunicar la experiencia**, de comunicar de una generación a otra los saberes que le dan continui-

dad a la tradición.

Con la Primera Guerra Mundial la tecnología había desplegado su potencia mermando la permanencia y durabilidad de los acontecimientos, todo se había transformado de forma tan profunda y rápida que los cambios parecían no poder asimilarse.

Dice Benjamin [45]:

Una generación que había ido al colegio empleando el tranvía de caballos se encontraba ahora al aire libre, y en una región en la que lo único que no había cambiado eran las nubes; y bajo ellas, en un campo de fuerzas de torrentes destructivos y explosiones, el diminuto y frágil cuerpo humano (pag. 42)

Los soldados que volvían de la guerra no podían contarla y volvían enmudecidos, pues no podían elaborar y comunicar lo que habían vivido para convertirlo en una experiencia.

Se había producido una **atrofia en la facultad de transmitir la experiencia**. Para él las grandes ciudades europeas y los constantes estímulos urbanos convertían al *shock* en el modo de vivir de la masa, un modo que transforma el viejo mundo perceptivo rural y reduce la experiencia a vivencia fugaz e individual.

Cuanto más hoy donde la exposición acelerada a los signos obstruye la mente crítica, puesto que aquellos actúan como un bombardeo, para Berardi, si los signos trascienden un umbral pierden su naturaleza semiótica para convertirse en estímulos neurológicos, y aparece el pánico como respuesta a la tempestad de signos, perdiéndose la facultad de narrar y de constituir una experiencia, y una subjetividad. Los acontecimientos no se inscriben en el psiquismo porque no hay tiempo para su ins-

cripción, dada la velocidad de la información y de la vida, y la defensa de actuación que predomina.

Esta **ausencia de subjetividad provoca una ansiedad identitaria** que les aboca a una identificación reactiva, a menudo con valores del mercado o, incluso, con identidades rígidas, como sucede con el ascenso de los nacionalismos y los ideales de los partidos de ultraderecha.

Si Benjamin hablaba del fin de la novela, fruto de esta degradación de la experiencia, y pronosticaba **el montaje** como forma de la narración, ha sido la fragmentación del tiempo y la ausencia de narración histórica lo que caracteriza a los hombres y mujeres de la posmodernidad, incapaces de construir una historia.

Hablamos de hombres y mujeres huecos porque pensamos que ya no podemos seguir hablando de que nuestro sistema de producción propicie la formación de sujetos, dado que, como veremos, ya no podemos seguir hablando de subjetividad, sino que produce individuos con una conciencia de individualidad extrema, aparentemente separados de los otros pero homogéneos, que cubren el vacío interno más que nunca con propuesta identitarias imaginarias, homogéneas, *normopáticas*, **que renuncian al Ideal del Yo**, en el sentido de una vertebración ética que module la conducta; individualidades narcisistas y sin reflexividad, que **huyen del conflicto mediante el mecanismo de disociación, persiguiendo una ilusión de felicidad prometida por el mercado**.

Un **sujeto sin sujeto cuyo mecanismo de defensa prioritario es la disociación, y no la represión**, mediante el cual se niega la fragilidad y la vulnerabilidad, para identificarse con los aspectos más omnipotentes del yo infantil, creando así una **Fantasia de invulnerabilidad** [46] que elimina el pensamiento crítico e impide el aprendizaje. Los beneficios de esta individualidad les produce un **activo rechazo a constituirse en sujetos**, dado que conllevaría una conciencia de su fragilidad. La salida de la disociación hacia la integración comporta conflicto y tensiones, por lo que el sentimiento de vulnerabilidad crecería.

[46] <http://www.elpsicoanalitico.com.ar/num38/subjetividad-lopez-mondejar-invulnerables-invertebrados-posmodernidad-fragilidad-desamparo-angustia.php> Invulnerables e invertebrados, Lola López Mondéjar, El psicoanalítico.

La vulnerabilidad no sobrevive en el sistema.

La pandemia de depresiones, suicidios y ansiedad es la otra cara de esta moneda

Corresponde a quienes **no son capaces de adaptarse a las expectativas**, a quienes fracasan.

Solo mediante **la ilusión de invulnerabilidad los individuos contemporáneos pueden hacer frente a las exigencias del sistema**, a la ausencia de futuro, a la precarización laboral que impide una identidad profesional firme, a la deslocalización que romper los vínculos, al consumo como respuesta a la insatisfacción en un mercado laboral precarizado, a la velocidad y a la disminución de la atención que trae consigo, a la ausencia de reflexividad y de pensamiento crítico.

La fantasía de invulnerabilidad excluye el saber porque el ideal de saber apunta como ningún otro a nuestra ignorancia, nos hace débiles e inseguros. Por otra parte, **la acumulación de experiencias y su velocidad dificulta su inscripción en el aparato psíquico, lo que impide la formación de una identidad narrativa**, como dijimos, de un relato subjetivado que de cuenta de la biografía y de la posición subjetiva, que se hace opaca, pre-simbólica, e impide el acceso a la mentalización y a la introspección.

La literatura y el cine expresan a mi entender, como bien señaló **Raymon Williams** al hablar de estructura de sentimiento, el vacío de los individuos contemporáneos, siendo un radar en extremo sensible a los cambios sociales. **En muchas de las novelas actuales asistimos al ir y venir de los protagonistas en una carrera sin meta algu-**

na que parece ser su única forma de existir. Los duelos se elaboran con alcohol, comida, sexo; el dolor es apenas percibido, puesto que el vacío de la pérdida se llena con objetos que pretenden compensarlo, sin que ni siquiera haya conciencia de esta dinámica. Pensamos en obras como *También esto pasará*, de Milena Busquets, o *El funeral de Lolita*, de Luna Miguel, entre otras.

Las series de televisión repiten ese esquema. *Girls*, *Trans-parent* o *Euphoria*, **muestran personajes aparentemente invulnerables que, básicamente actúan.** **Gustavo Dessal [47]** llama la atención sobre los protagonistas autistas, en el sentido de la poca relación íntima que establecen con los otros, de las películas y series de televisión, preguntándose si no serán una metáfora de la subjetividad funcional contemporánea, caracterizada por el aislamiento, la desconexión afectiva, y la capacidad de rendimiento múltiple y mecánico, observación en la que estamos completamente de acuerdo.

Si el cine de **Antonioni o Bergman** mostraba una subjetividad compleja y en conflicto, una angustia existencial que aspiraba a representar el vacío, la insustancialidad de lo humano, la incomunicación y la necesidad de contacto con los otros, el cine actual representa una individualidad mucho más frívola y superficial, salvo excepciones.



En la última serie de **HBO**, *Podría destruirte [48]* (2020), dirigida por Michael Coel, la protagonista, Arabella, joven escritora de éxito entre los mi-

[47] <http://lalibertaddepluma.org/articulos/gustavo-dessal/> Un toque de freudismo en memoria de Zygmunt Bauman.

[48] Mi reseña sobre la serie apareció en Infolibre el 19 septiembre de 2020: *Podría destruirte, Violación y consentimiento*. https://www.infolibre.es/noticias/los_diablos_azules/2020/09/18/podria_destruirte_violacion_consentimiento_111084_1821.html?utm_source=facebook.com&utm_medium=smmshare&utm_campaign=noticias&fbclid=IwAR3xJJIRQ6HlsZwNOPC-VUDnqwHWmZ8yOorqDuZXVKBk2HYf4yS_s1_AaXU0

llennials, no conoce límites hasta que es violada y reduce la velocidad que rige su vida.

Quizás la última película de **Pedro Almodóvar**, *Dolor y gloria* (2019), por citar un solo ejemplo, nos enfrenta a un protagonista cuyo mundo interior podemos reconocer como eminentemente moderno.

En la clínica, la **oquedad**, en su doble acepción de espacio hueco en el interior de un cuerpo sólido, y de insustancialidad de lo que se dice o escribe, se observa en pacientes que sufren de una ansiedad sin representación para los cuales hay que mentalizar por ellos, esto es, formar hipótesis, posibles relatos que puedan enseñarles a crear un mundo interior vacío, al que temen entrar y del que han huido sin apenas crearlo.

Lo mismo podemos decir de las relaciones humanas. He llamado **Modelo Tinder** a una forma de relación donde el otro es susceptible de ser intercambiado sine die, pues la esperanza de encontrar alguien mejor está siempre en el horizonte.

No hay solidaridad ni representación de lo común, **el sálvese quien pueda reduce al otro a una mera función, útil mientras que satisfaga las necesidades que se le demandan.**

La reducción de la inteligencia y el uso de mercado como único criterio estético, ha dado lugar este mismo año a la polémica generada por el último premio Espasa de poesía 2020, otorgado a un tal **Rafael Cabaliere**, cuya identidad incluso se pone en duda [49], sospechando que se trate de un robot o de un bot (programa informático), hasta que la editorial que organiza publica un libro con el poeta ¿en persona?

Ausencia de subjetividad, pues, si bien la propuesta de proponer como ideal social la construcción de una subjetividad creativa siempre comporte el peligro de desarrollar narcisismos solipsistas, hiperbólicos, yoes inflados e igualmente desconecta-

dos de lo colectivo que el individuo hiper-adaptado al capitalismo actual.

Como afirman **Edgar Cavanis** y **Eva Illouz** [50], **estar obsesionados con nosotros mismos**, con nuestros pensamientos, emociones y comportamientos, cuerpos, elecciones, **en busca de una felicidad individual no lleva muy lejos.**

... debemos destacar, una vez más, el carácter crucial de los sentimientos negativos. La voluntad de cambio social y el rechazo del orden existente le debe mucho a sentimientos como la ira y el resentimiento. Estigmatizar con empecinamiento esos sentimientos negativos es estigmatizar de facto la estructura emocional del malestar social (pag. 184)

El placer y la búsqueda de la felicidad no pueden triunfar sobre la realidad y la búsqueda del saber, sobre el pensamiento crítico, la reflexión sobre nosotros mismos y el mundo que nos rodea (pag. 185)

Subjetividad y colectividad, término medio, mesura, ciudadanía, volvamos a los clásicos.

LOLA
LÓPEZ MONDÉJAR

[49] https://www.elconfidencial.com/cultura/2020-09-14/premio-espasa-es-poesia-cavaliere-bot_2747620/ Espasa desmiente los rumores sobre su último premio de poesía: no es un robot.

[50] Cabanas, Edgar, Illouz, Eva, *Happycracia. Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*, 4ª edición, Paidós, Barcelona, 2019.